

PREFACIO

Basta abrir bien los ojos para darse cuenta de que las naciones europeas están en trance de dar a luz un mundo nuevo. Después de las dos grandes guerras de este siglo y como una consecuencia de las mismas, la sociedad ha entrado en un periodo de bruscas mutaciones. Las normas admitidas durante siglos son hoy puestas en duda. Hay una inquietud que atañe tanto a los espíritus, como a las cosas. ¿Cómo será el mundo de mañana? Pero de la respuesta a esta pregunta muy pocos tienen ni la menor idea, pues para iluminar nuestra ruta no es suficiente decir que en el porvenir reinará la democracia en el orden económico, como existe ya —aunque no sin algunos inconvenientes— en el orden político. Porque aun admitiendo este objetivo, es evidente que la elección de medios es de capital importancia.

Sin aceptar ninguna forma de totalitarismo, fieles al respeto a las libertades democráticas, como cooperativistas que somos, estamos convencidos de que hay abierta una vía intermedia entre el colectivismo de Estado, tan frecuentemente infecundo en el orden material y tan profundamente negativo para las libertades individuales, y el capitalismo actual. Este libro es la afirmación de que el orden político, la ciencia económica y, sobre todo, la organización concreta, serán progresivamente regenerados mediante la adopción del principio de la hegemonía del consumidor sobre el productor o, lo que es lo mismo, por la adopción del principio cooperativista.

Aunque desde hace treinta años Carlos Gide, Sidney y Beatriz Potter-Webb hayan perfilado algunas de las líneas directrices del sistema cooperativo, esperamos que la amplia descripción de las experiencias hasta ahora realizadas en este terreno, con que principia este libro, y el estudio profundizado de la doctrina, que le sigue, serán una revelación para muchos de nuestros lectores.

Hay que reconocer que ninguna doctrina social fundamental ha visto la luz desde que, hacia 1870, Karl Marx expuso sus grandes tesis que habían de hacerse mundialmente célebres. El pensamiento socialista ha seguido viviendo de la herencia de Marx, sin ninguna renovación de fondo. Y del lado liberal tampoco se ha edificado ninguna construcción impor-

tante. Brevemente, desde el tercer cuarto del siglo XIX, la facultad de renovación de las doctrinas sociales ha permanecido singularmente aletargada.

Este libro es una apuesta, apoyada sobre todo por un conjunto de hechos a los que la ceguera de nuestros coetáneos no les ha permitido prestar todavía ninguna atención, una apuesta de que, a partir de la segunda mitad del siglo XX, el orden cooperativo está, sin duda, destinado a suceder progrseivamente al decadente mundo capitalista. Las dolorosas experiencias sufridas en Francia, lo mismo que en la mayor parte de las otras naciones, muestran que para administrar con buen éxito los grandes industrias, la fórmula sindicalista resulta aún más incapaz que la estatista. Y ante esta ineficacia del poder público y de las agrupaciones sindicales, se abre la vía al principio cooperativista. Pero es menester quitarse la venda de los ojos y que los hombres de nuestro tiempo, que están desconcertados por la esterilidad de las fórmulas anticuadas a las que obstinadamente se aferran, se vuelvan más resueltamente hacia la idea cooperativa. El siglo XX no terminará, abrigamos esa esperanza, sin que el principio cooperativista, que es esencialmente la substitución del productor por el consumidor en la propiedad de las principales empresas de producción, no se haya convertido en la estrella polar que, enmedio de este inmenso caos, ilumine la ruta de nuestro mundo occidental.

BERNARD LAVERGNE